

Amigos y amigas,

El horizonte productivo nacional está plagado de contradicciones. Bien apunta el estudio de John y Ricardo que el 60% de la fuerza laboral ni siquiera tiene secundaria completa y que el 40% del empleo trabaja en condiciones de informalidad. Sin embargo, el síndrome nacional queda completo cuando junto a esas estadísticas deprimentes contemplamos la coexistencia paralela de un alentador sector productivo de alta tecnología.

Ese síndrome es la combinación viciosa de la dualidad productiva existente con dramáticas diferencias de acceso a oportunidades, que generan fuertes desigualdades de ingresos, en medio de fisuras educativas profundas. Una sociedad así no está sana. Mucho menos está preparada para enfrentar el progreso tecnológico que se proyecta más como amenaza que como promesa.

Por eso, el estudio de John y Ricardo, sobre la automatización en sectores productivos estratégicos en Costa Rica, es un campanazo ciertamente prematuro, pero, al mismo tiempo pertinente. Es un campanazo de alerta para tener el sentido de urgencia que al ADN nacional nunca llega.

El vendaval tecnológico es inevitable y vendrá a complicar aún más un escenario ya de por sí altamente complejo. A las carencias de políticas públicas apropiadas se suma, tristemente, la anquilosada incapacidad de tomar decisiones en un sistema estatal atrofiado. En ese escenario de dualidades sociales y productivas insertadas en un entorno político estancado, vienen John y Ricardo a advertir la urgencia de atender un nuevo elemento de complejidad en nuestro laberinto.

Quien lee este estudio no puede menos que asombrarse de la capacidad de los autores de mantener constante un sentido

optimista y propositivo. Es en efecto meritorio este esfuerzo temprano y previsor de dilucidar el comportamiento aún precoz de la automatización en nuestro país, sus impactos potenciales en la demanda laboral y en la competitividad de las empresas, los obstáculos estructurales a los que se enfrenta y sus implícitas amenazas y promesas.

Una primera observación es evidente: todavía no estamos ahí. Los procesos de automatización son apenas incipientes, en Costa Rica y sus impactos ni siquiera medibles desde el punto de vista macroeconómico. Pero eso no nos exime, sino más bien nos impone, la necesidad de anticipar los escenarios del arribo de esa revolución que puede anegarnos como un tsunami, si cuando llega no estamos preparados para ella.

La realidad es que el aspecto más determinante de los cambios tecnológicos es su velocidad de arribo. El desarrollo es siempre desigual y el siglo XXI amenaza precipitarse con fuerza incontenible sobre nuestras condiciones, todavía ancladas en el siglo XX. El escenario de nuestra productividad es la arena internacional y si la automatización se convierte, como lo está haciendo, en elemento decisivo de la competitividad de las empresas, podemos anticipar, como hoy lo hacen John y Ricardo, que ese barco no está muy lejos de nuestras costas.

De ahí que este estudio es también una recomendación. Estos autores aconsejan anticipar el arribo de la automatización, automatizando nuestros procesos, y en ese sentido, introduciendo en el clima de negocios de Costa Rica un factor adicional de complejidad. John y Ricardo son todo lo contrario de ludistas. Ellos abrazan el progreso tecnológico, no lo queman, sin dejar de advertir

la necesidad de atender las tareas pendientes que hagan menos traumática su introducción.

En ese sentido, es admirable cómo John y Ricardo mantienen una serenidad optimista. La inconstancia inestable de la volubilidad política de nuestra clase dirigente es tal que llega a sorprender la misma redacción de un estudio. Así por ejemplo, el Consejo Presidencial de Competitividad, de alguna manera medio existía cuando John y Ricardo iniciaron este estudio. De ahí que le hagan recomendaciones de políticas públicas a esa institución deseable pero ya no existente.

Hoy no, ayer casi, antier incluso con consultorías del BID y apoyo de especialistas de la experiencia chilena, el CPCI, que hoy no existe, ha tenido una historia dramática de nacimientos frustrados, bajo la mirada atónita de un sector privado desmotivado por los ires y venires de los caprichos de cada administración.

El resumen de las preocupaciones de este estudio se puede sintetizar en dos grandes epígrafes:

1. Por un lado, la automatización aumentará la competitividad de las empresas y ofrecerá empleo a un personal laboral cada vez más calificado.
2. Por otro lado, la automatización pondrá en condiciones difíciles a empresas menos competitivas que no se adapten a ella y amenazará el empleo del personal menos calificado.

Lo evidente salta a la vista y asusta: la automatización logra mayor producción utilizando menos empleo humano. Lo menos evidente, pero posible, es que es esperable que de alguna manera el crecimiento económico también genere, de forma extraña y caótica, demandas laborales nuevas. En todo caso, la fuerza de trabajo necesitará estar mucho mejor preparada para enfrentar las

amenazas predecibles y aprovechar las oportunidades menos evidentes.

Entonces, ¿En qué quedamos? ¿Qué es más la automatización, promesa o amenaza? En el corto plazo probablemente amenaza, en el largo plazo, sin duda, promesa.

La automatización viene a ser el caso más emblemático de la Destrucción Creativa de Sombart y Schumpeter, llevando probablemente hasta el paroxismo la paradoja de un crecimiento económico que vendrá probablemente hermanado con aumento del desempleo en los segmentos laborales de menor entrenamiento educativo. Aún si surgen demandas laborales exóticas, en todo caso, exigirán la creación de mejores capacidades de nuestros sistemas educativos.

La automatización es un auténtico cambio climático en el clima de negocios y necesitamos que nuestro entorno productivo genere procesos de resiliencia adaptativa. La contención de su llegada es lo menos aconsejable. Lo únicamente recomendable es adaptar nuestro entorno político, educativo, regional y productivo a esa nueva realidad que necesitamos no solamente anticipar, sino también, abrazar.

De ahí que las recomendaciones de políticas públicas del estudio de John y Ricardo caen por su propio peso, son de fácil comprensión y se deducen indiscutiblemente de cada una de sus observaciones. La gran pregunta, sin embargo, sigue siendo: ¿Está nuestro sistema político y educativo en capacidad siquiera de escucharlos?

El problema es ¿Podremos en verdad preparar nuestra juventud a cambios disruptivos con el estado tan deprimente de nuestro sistema educativo? ¿Con la vocación que nos enseñó el personal docente en su última huelga? ¿Podremos reaccionar a tiempo con el

estado tan paralizante de nuestras políticas públicas lentas y tardías?  
¿Tendremos capacidad de adecuar nuestra fuerza laboral al cambio  
con la parsimonia arcaica de nuestras decimonónicas instituciones?  
¿Podremos ofrecer recursos a la innovación con el estado depresivo  
de nuestras finanzas públicas?

John y Ricardo creen que sí. Admiro ese optimismo propositivo. Yo,  
en cambio, no estoy tan segura. Pienso en los debates tan  
hiperuránicos y fuera de este mundo que decidieron el rumbo de  
nuestra actual administración. Pienso en las zonas abandonadas a su  
suerte y que pueden sorprendernos, en cualquier momento, con un  
domingo siete confesional o populista. Pienso y dudo y como decía  
Descartes, primero dudo y luego pienso.

The answer, my Friends, is blowing in the wind, the answer is blowing  
in the wind.

Muchas Gracias